



FELIPE
SOZA

74

El concepto de lo basado



FELIPE SOZA

Abogado asociado de Baker McKenzie Chile.

Como *Sumisión* de Michel Houellebecq (Francia, 1956) cumple diez años desde su publicación, se me había comisionado discutir acerca de alguno de sus temas. El hecho de que se le considere especialmente para esta edición no es menor. Diría, tentando al futuro, que la tradición occidental tiene su “coro de Casandras”, al que Houellebecq se ha incorporado –por obra y gracia de este trabajo–. En efecto, éste es un clásico en ciernes del *pesimismo cultural*, grupo de agoreros que vaticinan toda clase de males civilizacionales, y lo que es peor, a veces suelen salir victoriosos en sus presagios.

Lo malo es que *Sumisión* tiene coordenadas de lugar y época. Al día de la fecha, han transcurrido tres años desde la elección del Presidente Mohammed Ben Abbas. Si bien las instituciones francesas se han islamizado en forma progresiva, todo ello se ha hecho con todo escrúpulo democrático y constitucional. La Francia de los Hermanos Musulmanes no ha pasado por la cimitarra: ha ido de la ley a la ley. Todo esto, por cierto, con el auspicio del progresismo –la Francia mahometana es el vivo reflejo de la política de las identidades– y de la bienpensante

centroderecha, en ardiente esperanza de diálogo y acuerdos.

Francia, por cierto, sigue a la fecha de hoy más o menos igual. Los liberales gobernantes han podido salir airoso de las varias huelgas, deporte nacional del país. Marine Le Pen está a dos alegatos de ser llevada a la cárcel pública y su padre, enterrado. En cuanto a la islamización, avanza no menos que en otros lugares de Europa.

Resulta injusto juzgar las ucronías; y más aún, imputarle los sentimientos de los narradores a sus autores. Pero con Houellebecq –en quien ambas fronteras se difuminan– parece un juego más provechoso. Particularmente, pues todo en *Sumisión* es una apuesta por la rendición y la falta de reacción.

Bien podría decirse que en el tiempo intermedio han pasado cosas. Sus pronósticos contrastan con un movimiento inusitado. Tanto es así que ya sería difícil calificarlo de mero margen o minoría: está a la orden del día, grita, se impone, gobierna los países. No es posible hacer de cuentas que no ha pasado nada.

A partir de esta reacción inusitada, hay ciertas fechorías que ya no resultan impunes.

El término *cultura woke* –bolsillo de payaso en que cabe todo lo que tiene cara de izquierdista– es moneda corriente. Cualquier hijo de vecino profita del forado atroz que hay entre el pueblo y sus representantes, para lo cual adquiere un micrófono y un aro de luz en cómodas cuotas. Las posiciones autoritarias ya no están tan proscritas. La confianza en la democracia disminuye –a la vez que, paradójicamente, todo este movimiento no es más que la radicalización de la misma–.

Pero ante todo, una actitud confrontacional es hoy valorada y celebrada. Ametrallar con verdades a quemarropa, restaurar con la nostalgia, celebrar la masculinidad, desconfiar del proyecto humanista del siglo XX. Tras décadas de marasmo cultural y condescendencia, parece que hoy –sí que sí– la rebeldía está del otro lado. Que hablar de guerra cultural ya no parece un tópico estrambótico. Es como si, de pronto, hubiese una generación con ánimo de pararse a repartir combos. Esta reacción, por cierto, tiene su propio lenguaje. Y hay una noción que sobresale y parece condensar todo lo anterior.

Sobre el concepto de lo *basado* podría escribirse mucho más que este exiguo artículo. No tanto por sus orígenes, que remiten al rap de comienzos de la década pasada¹, sino más bien por su contenido presente. Sorprende que respecto de este término clave de las subculturas de internet² se diga poco y nada a nivel académico. Algunos sitios sin pretensiones hacen una interesante línea de tiempo sobre la palabra y sus usos³. A pesar de que sus límites son borrosos y es, en principio, un concepto ecuménico, se le suele ligar al espíritu reaccionario y en general, a su uso por las nuevas derechas.

Algunos estudios que realizaron análisis de datos demuestran que su uso explota definitivamente en 2020. No sólo es un concepto más maleable, sino que también se le puede usar en conjunción con otras palabras o en oposición a otras⁴.

Pues bien, es *basado* aquel que rompe con la corrección política, que provoca escándalo por manifestar lo que hasta ayer estaba proscrito. *Basarse* no es pura irreverencia gratuita, sino que correr a la vez con las consecuencias peligrosas de enfrentarse al discurso hegemónico. Una actitud *basada* es pasional, es sanguínea; y aunque con ella se pretendan defender “las verdades”, en realidad su uso no depende de la verificación ni de los juicios de verdad. El basado no necesita apoyarse en cifras, no necesita de comprobaciones abstractas, en la medida en que busque imperar con afirmaciones hechas *por sí y ante sí*. Esto, en sí mismo, parecería como una actitud admirable y replicable.

En “*Based and confused*”, uno de los pocos artículos científicos sobre el tema, Sal Hagen y Daniël de Zeeuw califican el uso del concepto *basado* como “ideología semiótica”. Se trataría de un concepto metalingüístico que produce efectos en el mundo real. Particularmente, de “*canalizar diferentes significados para seleccionar audiencias, o reducir el umbral inconsciente de aceptación de ciertas ideas, respectivamente*”⁵. Un juego de lenguaje codificado, que permitiría que ciertas prácticas subculturales fomenten la radicalización de la política.

El *basadismo* encierra, si se quiere, una actitud romántica y voluntarista; que apela a la potencia de sí misma, sin necesaria referencia al objeto que

1 Su origen sería de un rapero norteamericano para quien ser basado “significa ser tú mismo, no estar asustado de lo que la gente piense de ti [...] empecé a abrazarlo y a decir, ‘sí, soy basado’, haciéndolo propio”. En: “Lil B Talks Getting Sucker Punched, Gay Rumors, & Drake Envy”. *Complex* (9 de junio de 2010). Traducción libre.

2 Nos referimos a sitios como 4chan.

3 Se puede visitar en <https://knowyourmeme.com/memes/based#fn1>

4 Como destacan Hagen y de Zeeuw, *based* es usado conjuntamente con *redpilled*, en referencia a la película *Matrix*. Así, alguien ‘*based and redpilled*’ es alguien que se ha desengañado y, por tanto, puede decir verdades sin ambages. Al mismo tiempo, quien es *basado* no puede –por antonomasia– ser *cringe*, porque este último provoca vergüenza ajena por lo cándida e ingenua de sus posiciones o comportamientos [Hagen y de Zeeuw (2023): “Based and confused: Tracing the political connotations of a memetic phrase across the web”. En: *Big Data and Society*. DOI: 10.1177/20539517231163175, p. 7].

5 Hagen y de Zeeuw (2023): “Based and confused: Tracing the political connotations of a memetic phrase across the web”. En: *Big Data and Society*. DOI: 10.1177/20539517231163175, p. 4.

dice defender. Dicho de otra manera: lo basado es la actitud desenfadada, no necesariamente el fenómeno que exalta. Salvar Occidente, exaltar el Imperio Romano, volver a la familia tradicional y defender la monogamia son todos tópicos *basadísimos*. Internet se llenó de *tradwives*, de paladines de la ortodoxia, de nuevos referentes de la masculinidad⁶ y hasta de cultores de la estética *yuppie* de los años ochenta.

Al contrario de lo que pueda pensarse, el *basadismo* no es garantía de que exista subterráneamente una contrarrevolución cultural. Porque es posible señalar que el *basadismo* nace de los entresijos de la misma posmodernidad. Nace en su contexto: no le puede escapar. Hasta cierto punto, esta resistencia también bebe de las mismas tácticas y estrategias; y por tanto, puede verse constreñida por los mismos problemas y limitaciones.

Primero, y como ya hemos advertido, una resistencia *basada* puede consistir en un ejercicio posfundacional (paradojalmente, pues “basado” significa literalmente reposar sobre algún fundamento). Si lo basado consiste en la experiencia y exaltación de la audacia –en sí misma, en forma inmanente–, la apelación al fundamento último se hace secundaria o incluso prescindible. Y en tal sentido es también un giro nihilista. De allí que no sorprenda que el *basadismo* apele a la subjetividad radical en un sentido semejante al de la política identitaria, como único soporte ante el mundo.

Segundo, en este mismo orden de ideas, es como si las temáticas agrupables en lo basado aprovecharan también el paraguas de los *saberes sometidos*. El posestructuralismo, que bregó por la abrogación de los binarios y la deconstrucción de los grandes relatos, produjo a nivel práctico la emergencia de una nueva abundancia de discurso. Cuando las mismas copan y saturan todos los espacios, se invierten entonces margen y norma. Lo que algún día fue subordinado, hoy es hegemónico y se sirve de las herramientas del poder. Es *basado*, entonces,

querer situarse del lado del nuevo margen y explotar todas las contradicciones y contrariedades de ese nuevo gran metarrelato universalista. Pero ello no hace más que legitimar lo primero.

Tercero, lo *basado* es fruto de un ejercicio performático. Se es basado por el hecho de serlo, y el hecho de ser *basado* es un desafío o provocación en sí misma, sin referencia a aquello en lo que se basa o justifica. Y es justamente el meme como soporte el que posibilita mejor la repetición de conceptos simples a lo largo del tiempo.

Lo *basado* no es un concepto propio de la ultraderecha, como podría pensarse –basados hay de izquierda y derecha. Es, sin embargo, un término síntesis de una determinada estructura de reacción y resistencia donde antes no la había. Por ello, el hecho de que hoy se hable de una “restauración” o “regresión” conservadora a secas debe ser tomado con el mayor beneficio de inventario. Cuánto haya en ella de *performance* y cuánto de sustancia es algo que el tiempo dirá.

Tampoco sabemos cuánto de esta reacción Houellebecq asume como propia y hasta qué punto pueda achacársele haber sido uno de los adalides de la misma. Su prosa, sin embargo, sigue siendo igual de radicalizante como lo era entonces.

De hecho, a Houellebecq la cultura oficial lo tiene cancelado. En 2023, el periodista François Krug publicó *Reacciones Francesas*, una especie de *Index librorum prohibitorum* que declara anatema a los intelectuales supuestamente proclives a la reacción contemporánea. En rigor, es una investigación que ahonda en los vínculos de estos con movimientos sospechosos. En una entrevista del año pasado⁷, Krug denunció a Michel Houellebecq por codearse con la Acción Francesa. Dijo de éste, entre otras cosas, que era católico, monarquista, que lo seducía la misa en latín, la flor de lis y el folclor.

Basado. 

6 Este es un asunto que, en sí mismo, debe ser analizado con el mayor celo posible, en este foro y en otros (N. del A.)

7 François Krug : “La guerre culturelle est au centre de la stratégie de l’extrême droite”. *Les Inrockuptibles* (12 de junio de 2024).